
PRÓLOGO.

AL dar á luz este libro, ciertas circunstancias me obligan, bien á pesar mio, á decir cuatro palabras acerca de mi humilde persona.

Ha habido empeño por parte de algunos, como es bien sabido, en atraerme á algun partido, en hacerme figurar en algun campo político. Les he dado las gracias muy atentamente, contestando que no pertenecia, ni deseaba pertenecer á ninguno. Pero esta respuesta, tan sincera como ingénuá, no satisfacía á ninguna de las partes, y ha dado lugar á opiniones encontradas y juicios diversos respecto á mí, pues al recibir mi negativa, unos y otros se persuadian que yo pertenecia al partido contrario. Para quitar toda duda, aseguro formalmente que uno y otros se equivocaban y se equivocan.

Esta es la verdad, y no habiéndola desmentido ni áun con la más lijera apariéncia de haberme inclinado á un lado ni á otro, tengo perfecto derecho á ser creído.

Recordaré tambien lo que he dicho en otras ocasiones.

En mi obra, *La Pluralidad de mundos habitados, ante la fé católica*, escribí en la primera página: Soy católico, apostólico romano. . . En religion, en moral y en política, tengo por norma la doctrina católica, desde Jesucristo y los Apóstoles hasta sus más recientes exposiciones en el *Syllabus* y en el *Concilio Vaticano*. . . Me gusta confesar con claridad y en alta voz mi fé, y al mismo tiempo declarar que no tengo otro criterio para resolver todas las cuestiones sino el criterio católico. *Fides ante omnia.*—(Esto se escribia á fines de 1876.)

Poco despues, en mis *Lecciones sobre el Syllabus*, decia lo siguiente:
PAPA Y LÓGIAS.—2.

guiente: "No pertenezco á ningun partido político, ni quiero; no tengo intereses en ninguna situacion; no tengo amigos en ningun ministerio, en ninguna oficina del Estado, ni siquiera en ninguna redaccion de periódicos; no he recibido nada de ningun gobierno, ni espero recibir. No sirvo á nadie más que á la verdad; mi pluma es libre é independiente, y no se presta á confusiones calculadas, á tergiversaciones sofisticas, ni á paliativos interesados... Cuando se trata de principios, los afirmo con decision; cuando se trata de opiniones, me presento sumamente conciliador. De este modo, sin herir ni ofender á nadie, dirijo á los adversarios una voz amiga para atraerlos á la verdad."

Han pasado siete años, y repito lo mismo.

Así pues, entiéndase bien.

No pertenezco, ni perteneceré á ningun *partido*: pertenezco sí, y con el favor de Dios continuaré perteneciendo, al *todo*. Digo y repito con San Paciano: *Christianus mihi nomen; catholicus vero cognomen*. Mi nombre es *Cristiano*, y mi apellido *Católico*.

¡Católico! no encuentro otro sobrenombre más glorioso ni hallo nada con que reemplazarlo. ¡Católico! como lo fueron mis padres y mis abuelos, y como lo son la inmensa mayoría de los españoles. No sé, ni concibo siquiera, que esta palabra tenga otro significado que ser miembro de la Iglesia de Jesucristo, y que el que la misma Iglesia le ha dado. No encerraré jamás los intereses de la Iglesia en otro *catolicismo* imaginario, imposible, limitado, estrecho, nuevo, que no sea conocido en Francia é Italia, lo mismo que en España, que no sea profesado en América como lo es en Europa; que no pueda ser anunciado *íntegro* á los pueblos salvajes por los Misioneros que al efecto arriesgan su vida, como erróneamente lo conciben algunos en nuestros días.

Soy, pues, *católico* con el Papa y como el Papa, sin restriccion alguna.

Por eso siendo *católico*, pertenezco en absoluto al *todo*, y no incurriré en el contrasentido de pertenecer á algun *partido*.

Jamás, jamás contribuiré por mi parte á confundir los intereses

del catolicismo con los intereses de ningun partido. El catolicismo está por encima de todas las miserias humanas; por encima de los mezquinos intereses de cualquiera fraccion, de cualquiera persona ó familia y de cualquiera causa política.

No incurriré jamás en la simpleza de tomar al catolicismo como pantalla de estrechos ideales políticos, más ó menos aceptables; ni tampoco, aparentando ser uno de sus defensores decididos, sembraré la zizaña en su campo; ni rechazaré temerariamente de mi lado, á los que teniendo otros ideales humanos, tambien más ó ménos aceptables, crean, y profesen, y defiendan como yo cuanto enseña y propone y quiere la Iglesia.

Así, pues, si quereis que la palabra *partido* lleve una significacion teológica ó religiosa, yo no la admito, yo la rechazo, yo no quiero formar parte de asociaciones, disgregaciones, banderías, sectas ó grupos, que hayan de restringir, ó limitar, y menos romper la *unidad*, que es el distintivo de todo verdadero católico.

Pero si quereis que esta palabra *partido* tenga una significacion política, como no lo dudo, entonces cada uno defienda sus ideales; y permitid, y aún aplaudid, que yo no me lance á sus desconocidos azares, puesto que no quiero perder mi tiempo, ni mi salud, ni mi tranquilidad.

Por lo demás, ya lo sabeis, si hay un error doctrinal que combatir, una opinion falsa que impugnar, una duda que aclarar, una calumnia histórica que desmentir, una impiedad que rechazar, una blasfemia que censurar, una verdad que sostener, allí no faltará mi débil y pequeño apoyo, mi insignificante ayuda, mi decidida y buena voluntad.

Además, como español, no miraré con indiferencia los males que nos afligen y los peligros que nos amenazan; pero si por mi impotencia me veo obligado á callar, dispuesto estoy, si llegara el caso, á exponer mi vida por el bien, la paz y la tranquilidad de mi patria. *Civis hispanus sum*, diré imitando á San Pablo.

Si además tengo afecciones ó simpatías por alguna causa ó persona más bien que por otra, nadie tiene derecho á prejuzgarlo,

miéntras yo mismo no lo manifieste con palabras, escritos ó acciones. Seria fácil equivocarse, y muy difícil deshacer el mal efecto de una equivocacion,

Debo declarar tambien, que no pertenezco ni aún remotamente al *liberalismo*, condenado por la Iglesia como un error filosófico y religioso, ó mejor dicho, como un conjunto de errores y un sistema de negaciones. Tengo dadas numerosas pruebas de ello en todos mis escritos: y mis aseveraciones han sido tan claras y terminantes, que no dejan ningun lugar á duda. Condeno, como la Iglesia, aquel liberalismo que consiste en dar una direccion torcida á la cosa pública, en oposicion con los principios católicos; todo en el mismo sentido que lo ha hecho la Iglesia, sin añadir ni quitar cosa alguna. Pero me parece que las condenaciones de la Iglesia no se refieren á las formas de gobierno, sean las que quieran, monarquía absoluta ó representativa, democracia y aun república; pues todas pueden unirse en amistoso lazo con los intereses católicos (por mas que hoy muchas no se unan,) y conceder á la Iglesia todos sus derechos sin menoscabar en lo más mínimo la legítima libertad de los pueblos. Así entiendo la prudentísima Encíclica, *Cum multa*, de N. S. P. Leon XIII en 8 de Diciembre de 1882, cuando enseña que los intereses religiosos están por encima de todos los partidos, pero que la Iglesia no condena las parcialidades políticas, con tal que no estén reñidas con la religion y la justicia: y que debe huirse de la equivocada opinion de los que mezclan y como indentifican á la religion con algun partido político.

Me parece, si no me engaño, que mi concepto del liberalismo no será jamás censurado por quien debe y puede hacerlo: y que más bien debe ser templado el concepto rigorista y exagerado que del mismo presenta cierto libro reciente de un autor, á la verdad ilustrado, que rechaza mis ideas en esta parte, llevando las cosas á tales extremos, que si fuera verdad lo que él dice, casi todos los católicos, excepto algunas docenas de absolutistas; esta-

rian comprendidos en la condenacion de la proposicion LXXX del *Syllabus*.

El *Syllabus*, regla política de los verdaderos católicos, de la cual con el favor de Dios yo nunca me apartaré, condena los errores modernos, sentando contra ellos unas teorías saludables, fundadas, justas, y que los católicos deben esforzarse en llevar á la práctica. Pero á veces las circunstancias obligan á tolerar muchas cosas, fundadas en principios evidentemente falsos. Cuando hay esta necesidad, es lo que debe apreciar la sensatez política, pues es imposible cortar de una vez todos los abusos, ó imponer las opiniones por medio de decretos.

He creido oportuno hacer estas declaraciones; porque ya algunos me habian llamado la atencion, y no era posible callar, sin poner en duda mis opiniones, de las cuales muchos participaban, y que yo he afirmado repetidas veces, respondiendo á varias consultas que me han hecho el honor de dirigirme de diversos puntos de España.

Por otra parte, era necesario manifestar que al combatir yo hoy á la masonería, no iba á hacerlo desde un campo particular, sino solo como un soldado voluntario, desde en medio del campo católico: y tenia necesidad de decirlo para proceder con toda libertad é independencia en mi trabajo.

La palabra de Leon XIII en su admirable Encíclica *Humanum genus*, ha resonado poderosa por todos los ámbitos del globo, iniciando una nueva era de luchas y actividad contra el enemigo comun, al cual se deben los males gravísimos que aflijen á la Iglesia, y que desde hace algun tiempo obra públicamente, con la mayor osadía, sin tomarse el trabajo de disimular sus propósitos.

Todos estamos presenciando la energía y denuedo con que los católicos se lanzan al combate; en esta lucha todos somos soldados, cada uno segun sus fuerzas, obedeciendo á la voz augusta y sentida del padre comun de los fieles, que nos señala el peligro y los medios de conjurarlo. *Todo fiel*, dice Tertuliano, *es soldado cuando se trata de la Iglesia y está obligado á pelear en su favor con todas sus fuerzas.*

La Encíclica, *Humanum genus*, es una obra completa y acabada, que en pocas páginas encierra todo cuanto se ha escrito en grandes volúmenes contra la francmasonería y las sociedades secretas: es una demostración clara de todos sus errores y una refutación contundente de los mismos; es una exposición de los propósitos, fines y medios de la francmasonería y de sus perniciosos resultados; es, en una palabra, su proceso acabado y la prueba plena de su perversidad, que en oposición abierta con el cristianismo, quiere precipitar á la humanidad entera por caminos de perdición.

Me ha parecido que haría un buen servicio á los católicos, según la medida de mis débiles fuerzas, exponiendo con la posible claridad esta admirable Encíclica, para que todos comprendan la profundidad y riqueza de doctrinas que encierra. Cada uno de sus períodos es una mina inagotable de enseñanzas, pensamientos profundos, proposiciones fecundísimas, exhortaciones, consejos y demostraciones de la verdad. Cada uno de sus puntos es una disertación compendiada, filosófica, teológica, moral y política. Cada una de sus líneas es una revelación luminosa que descubre los más vastos horizontes de la verdad y los más tortuosos senderos del error. Cada una de sus frases merece ser objeto de un estudio, tan profundo como detenido, para comprender bien su alcance y significación.

Nada hay en ella superfluo ó inoportuno, ni una palabra, ni un punto, ni una coma: y á medida que se vá leyendo este sapientísimo documento, se ensanchan las ideas, nacen otras nuevas, se arraigan con nueva fuerza las convicciones y se comprende la gravedad del mal, la necesidad de oponerse á él con toda energía y decisión, y la oportunidad de haberse publicado esta Encíclica, precisamente en el momento que puede ser más eficaz.

La seguiremos, pues paso á paso, como discípulos humildes de tan gran maestro, con el sincero deseo de entender todo su significado, tanto en el conjunto como en los detalles; con el sincero deseo de penetrar su espíritu, y comprender el alcance de sus

palabras, el sentido de sus frases y de sus alusiones, y la fuerza de sus argumentos: con el sincero deseo de que nada pase desapercibido en ella, llamando la atención sobre muchos puntos que el Papa dá por supuestos y sabidos, y sobre los cuales él no ha debido detener su palabra majestuosa.

¡Dichoso fuera yo si lograra interpretar con fidelidad y acierto la mente de Leon XIII, popularizando su enseñanza! Las notas y comentarios que hago á esta Encíclica son como pequeños arroyuelos que deduzco de ese río caudaloso. Jamás ha sido, ni puede ser otra mi intención, sino seguir fielmente sus palabras como palabras de toda verdad, mirándolas siempre con tanto respeto como admiración.